



MÀXIM
HUERTA

EL
MA
MEN
TO


ESPASA

MÀXIM HUERTA

FIRMAMENTO



ESPASA  NARRATIVA

© Máximo Huerta Hernández, 2018

© Espasa Libros S. L. U., 2018

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustración de la cubierta: © Sr. García

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: M. 5.941-2018

ISBN: 978-84-670-5172-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain

Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros S. L. U.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

PRIMERA PARTE

EL MAR

Mario

Esta noche he soñado que al despertarme no vivía en mi casa. Estaba en una playa, pegado a unas rocas llenas de pinares que hacían sombras caprichosas. Las hojas, traviesas, se movían por el aire y yo me dormía con el sonido. Ululaba, ¿se dice así? Durante un rato estuve dormido. El agua vino a despertarme y mojó la toalla, olas tímidas, revoltosas por un barco que pasó a lo lejos removiendo la calma. El alboroto de los pinos creció. Más brisa. Más olas alegres. Agua en mis pies. Y por culpa del barco que rompió la calma del mar, volví a aparecer en mi casa primera. Justo cuando escarbaba en las sábanas como si fuera arena donde hacer hoyos profundos para enterrarme.

Y de tanto escuchar el mar, las olas rompiendo suavemente en la orilla y en los cubos de plástico de unos niños, sentí que me había hecho pis.

Me he tocado entre las piernas sin abrir los ojos por pudor privado para ver si el mar llegaba también a mis sábanas. No era líquido.

Se escuchaba una barca de motor que escapaba mar adentro hasta perderse más allá del pantalan de cemento, un bar a mi espalda con la música suave y el sonido seco de dos palas de playa. Tac-tac. Tac-tac. ¡Agua! Tac-tac. Tac-

tac. ¡Agua! Yo tocaba con los dedos la arena, la cogía y la aplastaba entre las yemas soltándola como un reloj manual en la cama.

El sudor caía por detrás de mis orejas hasta el cuello y de ahí a las sábanas.

Todavía más: me había quedado dormido en la toalla y mis amigos venían a despertarme con el cubo de unos críos y me lo echaban encima.

Me estremece el agua fría.

No quiero abrir los ojos por si acaso.

Pronto advertiría que no había playa, ni mar, ni sudor, ni es mi cama en la que duermo, ni mi ciudad. Se oye un autobús, el sonido de la caja y la puerta que se cierra. Abro enseguida los ojos, aterrado. Todo se confirma.

Esta cama no es mía.

Ana

Llevo un rato largo hablando sola mientras me arranco la laca de las uñas desgastadas. Es más, se me ha pasado el autobús que debía coger.

Como de costumbre, me llama la atención la infinita paciencia del chico que reparte publicidad ante la aparatosa indiferencia de la gente. Unos hacen eses y otros, tras coger el folleto, lo tiran en la papelera de su espalda arrugándolo con prisas. Qué estoicismo. No miran, lo esquivan con frialdad. Lo hacen invisible mientras el muchacho alarga y encoge su brazo desnudo en un ejercicio mecánico y baldío propio de autómatas de Tesla.

—Tome... ¿Quiere...? Tome... —dice como si repartiera una baraja.

Y, desde mi parada, me quedo mirándole para que se dé cuenta de que —yo— sí le hago caso.

Hola, yo te hago caso. Hola, yo te miro. Hola, soy yo.

El joven de los pasquines se ha dado cuenta de que le observo.

Le sonrío y me mira desde su acera. Por la expresión de educada perplejidad en su rostro, me percato de que no ha captado mi solidaridad. Y entonces he visto como pasaba de largo mi autobús.

—¡Joder!

Me había quedado cuajada en el banco.

Luego doy un respingo y se me caen las gafas. Al cogerlas me doy en la cabeza con la papelera. Para mi asombro, el chico cambia de gesto. Aprieta los labios y amaga una sonrisa. Respondo, haciendo gala de mi sentido del humor, que a todo no puedo estar.

A todo no puedo estar. Vocalizo.

No puedo.

Mario

Estoy despierto, no hay arena, no es mi ciudad y esta vulgar cama de alquiler está seca como mi boca. Tengo sed.

Me muevo en el colchón buscando la forma. Otra forma. Puedo ponerme en la postura del anterior inquilino como si fuera un molde de su cuerpo. Me da un poco de asco, pero percibo su cuerpo bajo el mío. Intento acoplar-me a ese molde anónimo.

Era más grande, no soy tan alto. Dormía de lado. El brazo a lo largo del cuerpo pesado. Llegaba con los pies al borde del uno noventa. Me siento un juguete guardado en la caja equivocada.

Creo que de pequeño me meaba. Creo que hacía los deberes con rapidez. Creo que me gustaba el fútbol. Creo que tenía costumbre de hacer recortables, de amasar el pegamento Imedio hasta que se secaba en mis dedos y de coleccionar canicas transparentes. Todo eso. Pero ya no sé qué parte del recuerdo está basado en hechos reales o en las cantinelas que nos cuentan sobre infancias parecidas.

Yo no iba de la mano de mi madre al colegio, iba solo. Iba andando con mi mochila pesada, mi bocadillo de mortadela de aceitunas a la que le quitaba el pimiento y mi baraja de cromos atada con una goma.

—¡Marioooo! Corre, que te he guardado sitio.

—¿A qué hora has llegado?

—Antes que el conserje, cuando abría.

—Siempre eres el primero.

—Ya.

—Un día quiero ser el primero.

—Te puedo dejar serlo.

—Entonces habrás sido también el primero.

—Pero a mí no me importa dejar de serlo.

Un día te dicen que al cole ibas con tu madre, que no te gustaba la clase de ciencias naturales y que querías Bollycaos de chocolate. Y te lo crees. Pero la verdad es otra. La verdad se va perdiendo. Hay un momento en el que nada es como fue, se va maquillando y tiñéndose de *beige*, como las fotos viejas. ¿De qué color era el jersey que llevas en el parque? ¿Cómo eran las rayas de tus calcetines? ¿Y las zapatillas? El niño que fuiste no es el de las fotos, eso fueron instantes. Y con esas perennidades construyes unos recuerdos ficticios. El caso es que cuando nos cruzamos con el niño que fuimos no hay misericordia.

Me muevo en el colchón intentando huir de la forma del inquilino anterior. Me atrapa la vasta silueta de su cuerpo y opto por ponerme en diagonal sobre la cama.

Aquel niño no se meaba. Y esta cama está seca. Como mi boca, ¿lo he dicho? ¿Ululaban los pinos en mi sueño? ¿De dónde eran los pinos? Echo de menos los pinos.

En la ducha, mientras trago agua fría, escucho de nuevo los problemas de matemáticas de mi colegio, ese tren

que salía de Bilbao y llegaba a Sevilla a una velocidad altísima y se cruzaba con otro en sentido inverso. *Quién llegaba antes.*

—Prestad atención.

Yo siempre pensé en la posibilidad del accidente. Del choque de trenes. «REPITO: si la locomotora sale de... ¿Quién llega antes?».

—La ambulancia —masticaba sin sonido.

El colegio era de curas.

Dejábamos el abrigo en una percha con nuestro nombre. No recuerdo las diferencias entre los gabanes de unos y otros, eran iguales. Todo era igual en aquellos años. Me recuerdo con el mismo estuche, los mismos pantalones y las mismas heridas que Carlos, que David, que Paco. Incluso que Carmen. Podrían habernos intercambiado de casas, de padres y de colegios. Nada era diferente, sólo los sueños.

Cojo la toalla de la ducha como si me volviera a poner el abrigo del colegio y pongo al fuego la cafetera.

Cinco minutos después.

Pita como el barco que escuché en sueños esta mañana.

Ana

El médico me ha dicho que suba por las escaleras, pero alquilé este piso con ascensor y me resulta de gilipollas subir los noventa escalones a patita. «Lo mejor para tu estado es caminar», ha dicho ajustándose el alfiler de la corbata.

Bien, caminaré, caminaré.

Pero no tengo ninguna intención de cruzarme con la vecina del quinto que se pasa los días moviendo muebles, arrastrándolos siempre como si su vida fuera una continua mudanza.

(No te entiendo, pensarás. Cómo vas a pasar por su puerta si los ruidos los hace en tu techo. Bien, esto tiene explicación. Vivo en el cuarto, pero el doctor me ha aconsejado que suba hasta el sexto y baje hasta mi rellano, «así, sin querer, es más ejercicio. Subes y bajas». Por eso me la cruzaría en las escaleras. No estoy tocada).

Como me pasa tantas veces, me quedo pasmada ante la elocuencia y determinación ajena, en este caso de mi médico, y pienso que lamentaría no hacer lo que me están prescribiendo, pese a que muchas veces hago lo que me da la gana. Las peroratas clínicas siempre me resultan admirables, como los discursos políticos, y acabo dándoles la

razón aunque no tenga argumentos para ello. Me descubro asintiendo todo el rato.

Sí, sí, sí.

El médico, sentado frente a mí, ha cogido el bolígrafo por los dos extremos y le ha dado vueltas para hipnotizarme (eso creo yo) mientras decía: haz ejercicio, haz más ejercicio, haz...

Venga ya.

Si me subo a un crucero, lo mínimo es mirar el mar por la cubierta. ¿Qué hago pagando alquiler con ascensor y no usándolo? La boba del edificio que paga y no lo usa, dirían en las reuniones.

Un día —acepto entre dientes para mí misma— subiré las escaleras por probar; pero peregrinar hasta la terraza como hábito saludable, tocar la puerta de metal como quien llega a Santiago y bajar a mi ermita me parece de chiflada.

—Debería hacer eso. Piense que es para bien —ha dicho.

Todo es para bien.

Me he quedado mirándole como si se hubieran apagado las bombillas de la consulta y he apretado las manos en mis rodillas. No quería contestarle. Llevaba ese vestido rancio que me pongo para ir al médico, porque nunca sabes si te va a tocar enseñarle la espalda para que ausculta o abrirte de piernas en la camilla. Las mujeres andamos por la vida con un carné de víctimas de saldo.

Como no estaba dispuesta a dar explicaciones, he dicho que sí a todo, que es lo que hacemos siempre en el médico.

Cuando he salido de la consulta, había tres mujeres, tranquilas, con vestidos rancios como el mío esperando a ser atendidas. Con las prisas he olvidado despedirme, ha bastado una sonrisa mientras me alisaba el flequillo y me ponía de nuevo el bolso en bandolera.

En la puerta he tenido ganas de volver y decirle a las tres compañeras que se fueran a sus casas, subieran al sexto y volvieran a bajar al cuarto andando. Pero, vete tú a saber, a lo mejor es lo que hacen todos los días; en nuestro barrio no hay tanto piso con ascensor.